

# Históricas Digital



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

José Fernando Ramírez

“Discurso en conmemoración del inicio del movimiento de Independencia (16 de septiembre de 1837)”

p. 153-170

José Fernando Ramírez

*Obras históricas V. Poliantea*

Ernesto de la Torre Villar (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de humanidades

Instituto de Investigaciones Históricas

2003

470 p.

Figuras

(Colección Nueva Biblioteca Mexicana 148)

ISBN 968-36-7805-X (obra completa)

ISBN 970-32-0677-8 (tomo V rústica)

ISBN 970-32-0684-0 (tomo V empastado)

Formato: PDF

Publicado en línea: 26 de junio de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras\\_historicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html)

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DISCURSO EN CONMEMORACIÓN  
DEL INICIO DEL MOVIMIENTO  
DE INDEPENDENCIA  
(16 DE SEPTIEMBRE DE 1837)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



## NOTA INTRODUCTORIA

En la larga y abundosa lista de discursos conmemorativos de inicio del movimiento emancipador, éste que recogemos tiene un doble interés. Por una parte revela el espíritu cívico existente en el país después de haberse iniciado el proceso de emancipación, espíritu que cohesionaba a todos los mexicanos, y por otra parte, la explicación histórica, filosófico-política que los dirigentes de la sociedad daban a ese movimiento. Los discursos cívicos septembrinos, muchos de los cuales ya hemos estudiado y analizado, representan al igual que los sermones conmemorativos, instrumentos de reflexión cambiante pues responden a las circunstancias de cada época y al temperamento y forma de reflexión de sus autores. Ellos reflejan un modo de conservar la unidad de la sociedad en torno a un acontecimiento y también de mantener y exaltar la conciencia histórica.

Este discurso pronunciado en la capital de Durango, en donde fungía por entonces como rector del Colegio de Abogados, es una muestra del espíritu liberal de Ramírez por aquellos años, muestra reveladora de su formación y conciencia histórica, de su visión del pasado colonial de México, de las injusticias sociopolíticas, de sus aspectos negativos como el de un sistema despótico, injusto, fanático, opresor. Tiene, de acuerdo con el pensamiento liberal reinante y la cercanía de la lucha insurgente y las reacciones al ambiente imperante durante el virreinato, un cierto tinte anticlerical.

El pensamiento y designios de don Miguel Hidalgo que se evocan son más los de pensador político que de un líder social, más los de un filósofo ilustrado que los de un conductor de hombres. Ramírez estima que las ideas insurgentes brotaron muy pronto en el régimen colonial y afirma que el movimiento emancipador tuvo sus primeras manifestaciones con la supuesta conjuración de Martín Cortés el año de 1556. Fue el movimiento emancipador un movimiento contra la intolerancia y la opresión.

Al desarrollar el proceso histórico que va desde la conquista hasta la independencia, se ocupa de los principales personajes. Llama a Hernán Cortés “aventurero atrevido”, a la predicación “obra de fanáticos crueles y ambiciosos”. En cambio denomina al obispo Casas “ángel tutelar de los mexicanos”. Señala que la Iglesia estuvo del lado de los opresores y



afirma que “al hombre agobiado bajo el peso de la tiranía y ahogado por la planta de su señor, es como adquiere todo su resorte y que un día le basta para hundirlo en el polvo”. Y finaliza exclamando: “Memoradlo pues mexicanos como el más sagrado de todos, invocad el 16 de septiembre como un presagio de triunfo siempre que la esclavitud os humille: él sea para la presente y las venideras generaciones, un aniversario de la libertad o un día de expiación para vuestros opresores”.

E.T.V.



ORACIÓN CÍVICA QUE EN EL ANIVERSARIO DEL GRITO  
DE INDEPENDENCIA SE PRONUNCIÓ EN EL PALACIO  
DE GOBIERNO DE DURANGO, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1837,  
POR EL LICENCIADO JOSÉ FERNANDO RAMÍREZ, RECTOR  
DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DEL DEPARTAMENTO

Præ omnibus sacra Dies  
Hesión. *Diss.* 55

Ha brillado para México el año decimosexto de su ser político y el Sol que gira sobre nuestras cabezas alumbra todavía a un pueblo libre, alumbra nuevas generaciones que no han respirado el aire de la esclavitud, ni sufrido el yugo de la tiranía extranjera. Este día de regocijo nacional, este día de los más gratos recuerdos, este día en que los mexicanos corren agrupados para escuchar las glorias de sus héroes, fue un día de estrépito y confusión, de sobresalto y peligro; fue el primer día que abría la marcha de once años de muerte y exterminio escritos en la historia con caracteres de sangre, hoy es para México el más grande de sus días.

Allá en los siglos de la superstición romana, cuando Fabio Máximo dominó la dictadura por el ruido de un animal doméstico y cuando Sulpicio fue depuesto del pontificado porque se le cayó el bonete sacerdotal durante un sacrificio, el circunspecto arúspice leería un funesto augurio en el nombre del pueblo donde inermes colonias arrojaban el guante a su orgullosa y potente metrópoli. Mas el héroe que las guiaba sabía muy bien que la *libertad* nació siempre entre dolores, que debe todo su ser a la opresión y a la injusticia, y que por eso la antigüedad puso a sus plantas un yugo destrozado y enarboló en su mano el símbolo distintivo de la esclavitud: en aquel símbolo se cumple la consoladora promesa y tremendo anatema de nuestros libros sagrados: “exaltaré a los humildes y al soplo de mi enojo caerán los encumbrados cedros del Líbano”. Estas palabras de dulce esperanza debían llevar al alma de Hidalgo la vida y el resorte que recibe la planta marchita por el ardiente Sol de los trópicos, cuando la aurora vierte sobre ella sus refrigerantes tesoros.

Hidalgo nació en la época en que las preocupaciones daban por fuente a la tiranía el seno mismo del Eterno, que canonizaban la abyec-

ción como un deber religioso, que veían la libertad del pensamiento como un atentado a la divinidad de que procedían los reyes, que sistematizaban la ignorancia como un preservativo moral, que nos degradaban a nuestros propios ojos para deificar a nuestros opresores ultramarinos; en una época en fin en que, aplicando la expresión de un elocuente escritor “los mexicanos acelerados por el duro látigo de su señor, la frente inclinada al suelo como los animales, tristes, mudos y jadeando iban regando con el sudor y con sus lágrimas los duros surcos que les mandaran abrir, sin otra esperanza, que la de sepultar bajo el último terrojo la sangrienta y pesada carga de su miseria”. Esta época era fecunda en aquellos arreos inseparables de la superstición y de las costumbres que engendra un gobierno suspicaz y desconfiado: los prodigios, las absurdas leyendas, las creencias supersticiosas y una obediencia servil eran las guardias avanzadas de la intolerancia universal representada en jueces omnipotentes, misteriosos e invisibles; por ellos el mexicano quería ocultarse hasta a sí propio sus ideas, temía traidores aun en el seno de su familia y creía o fingía creer, que en los fenómenos naturales y en el desorden de los elementos el dedo de Dios les trazaba el irrevocable decreto de sumisión y vasallaje hacia los que con el hierro, el fuego y el anatema exterminaban sin piedad a sus hermanos.

Tal era la formidable falange que, estrechando sus filas, defendía al despotismo extranjero erizando de armas y hombres la tierra y vibrando los rayos de la cólera celeste. Hidalgo en su modesto retiro lloraba las desgracias de su patria, siendo el padre, el apoyo y el consuelo de los infelices confiados a su ternura pastoral: humillado al pie de los altares deponía en ellos sus penas y conflictos invocando del que todo lo puede una mirada de comprensión sobre el pueblo afligido y el esfuerzo necesario para ayudarle a quebrantar sus poderosas cadenas.

Tres centurias antes, la aparición de un cometa, la de algunos fenómenos naturales, el violento incendio de las torres del Templo Mayor de México, ocurrido en 1510, con otros mil mentidos o exagerados prodigios que se nos refieren por historiadores cándidos o malignos, fueron reputados como inequívocas señales que predecían la ruina del opulento imperio de los aztecas, para que sobre sus escombros se levantara el duro trono de los *hombres blancos y barbados* aparecidos en visión a la idólatra Papantzin. Éstos eran los soldados de la cruz, los que debían purificar las ensangrentadas aras de Huitzilopóchtli con la hostia inmaculada del cordero, los que debían cambiar las tinieblas y dura esclavitud de la idolatría por la luz y suave yugo del evangelio, los que prometían en fin un sacerdote ministro de paz y de consuelo en cambio del despiadado *topiltzin*.\*

\* Nombre del sacerdote sacrificador.

Realizóse el fatídico presagio y las monarquías fundadas sobre los cimientos de otras, cuyo origen se pierde en la noche de los siglos, se eclipsaron en el valle de Otumba: el labrador puede hoy pasar su arado sin tropiezo por el lugar que ocupaban numerosas ciudades; la moderna México se ha edificado sobre la inmensa tumba de sus mayores: los dioses que noche y día recibían en su *teocalli*\* la adoración y el incienso de cinco mil sacerdotes, hoy, mutilados, sucios e irrevocablemente perdidos para la historia, son el cimiento de los macizos edificios que decoran la Venecia mexicana... Ella pudo entonces lamentarse con las palabras del cantor de Babilonia: “quedaron afuera tendidos en tierra el mozo y el viejo: mis doncellas y mis jóvenes cayeron a espada; los mataste en el día de tu furor; los heriste y no tuviste lástima; llamaste de los contornos como a un día solemne a los que me aterrassen y no hubo quien escapase, ni fuese dejado; los que crié y alimenté mi enemigo los mató [...] ha quedado como viuda la Señora de las naciones”.

Este cuadro de desolación y de exterminio, esta inmensa soledad que cubría con sus alas pavorosas el valle de Tenochtitlan; este valle donde antes resonaba el bullicio y algazara de tantas ciudades, de tantos pueblos activos y laboriosos, era después un vasto cementerio: el lago donde surcaban cincuenta mil barcas, reflejaba impasible y solitario las ruinas que lo circuían, presentando en sus ondas los únicos restos del opulento imperio; fragmentos y cadáveres. El poderoso monarca a quien servían de rodillas, con pompa sin igual, muchos príncipes y grandes, al que hacían corte otros monarcas, el que caminaba sobre el oro como sobre polvo vil, el que hacía obedecer sus decretos cual ser omnipotente; el que dio en fin una generosa acogida a los conquistadores, hospedándolos en su palacio, colmándolos de atenciones, presentes y riquezas, y librándolos del furor del pueblo que pudo exterminarlos con sólo disparar una flecha, Moteuhzoma II, digo, se vio envilecido y degradado, se vio reducido al último desprecio y hecho objeto de escarnio por un aventurero atrevido; por un aventurero que no contento con imitar a la víbora que destroza el seno a quien debió la vida, ni con ser el Atila de otro mundo, quiere aun añadir a sus sangrientos laureles el crimen de convertir en regicida a un inocente pueblo, para que cayera sobre él la detestación, sólo debida a los hombres de sangre, cuya carrera se abría por la más horrenda y pérfida ingratitude.

¿Y que podía inflamar tanto odio?... ¿en cuyo nombre se degollaba a las naciones?, ¿quiénes eran los conquistadores, cuál la divisa que tremolaba en sus banderas?... Eran los hijos de la culta Europa que venían a dar lecciones de moderación y humanidad a un “pueblo bárbaro”; los

\* Llamábase así el templo mayor, cuya palabra significa “Casa de Dios”.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

que se horrorizaban de nuestros sacrificios al atizar las hogueras de Cholula; los propagadores en fin de la verdadera creencia que no dejaban tras sí quien pudiera recibirla: invocábase pues en las matanzas al que murió por no defenderse; llamábase causa de Dios, la que era sólo de fanáticos crueles y ambiciosos; y espurios apóstoles presidían y excitaban aquella escena de horrores, olvidados de que su maestro “no vino al mundo para perder las almas sino a salvarlas”: ellos, como el fanático puritano Harrison, buscaban en la letra de la Biblia un texto para justificar sus asesinatos y desgraciadamente lo encontraron.\* La concordia entre la fuerza brutal y la predicación siempre hará víctimas, jamás obtendrá conversiones. El venerable obispo de Chiapas, aquel ángel tutelar de los mexicanos, sólo pedía a Carlos V para la pacífica conquista de las Américas, religiosos predicadores, hombres ceñidos de una túnica blanca, símbolo de sus intenciones inocentes y la absoluta ausencia de la fuerza armada; “nuestros progenitores fueron idólatras –decía aquel varón de Dios–, hasta que los apóstoles o sus sucesores predicaron la religión cristiana; pero para que fueran cristianos nuestros ascendientes, no se les esclavizó, ni se les maltrató, no se les robó, ni se les mató, porque antes bien fueron dulces, suaves y compasivos los anunciadores antiguos del santo evangelio”... ¡Vanas predicaciones!... la voz del pastor se perdía en el desierto siempre creciente bajo cada pisada de los apóstoles con coraza, y los que encontraban en el libro de la redención preceptos para exterminar el Nuevo Mundo, sepultaron en las entrañas de la tierra a los que debían satisfacer su insaciable sed de oro; dejaron sólo en su faz a los que habían de servirles de animales de carga para transportarlo, o de esclavos para obedecer sus caprichos: México presentó desde entonces el aspecto de una inmensa cárcel, de una inmensa tumba de hombres vivos y en ella no hubo más que señores y siervos durante el largo periodo de setenta y dos olimpiadas.

Al terminar la última comenzaron a manifestarse en los cielos y la tierra, las fatídicas señales que anunciaron en la primera la ruina del imperio mexicano, cercada de todos los horrores sobre que acabo de dar una rápida ojeada y cuya memoria será eterna en nuestro suelo, llevóse una mano atrevida sobre la primera silla de los califas españoles en el Nuevo Mundo, y cayó el que la ocupaba: en este acto asócese la punta del dardo envenenado que debía repetir la devastación del mundo de Colón, no para introducir la fe a los pueblos gentiles, sí, para que con él se exterminaran los que profesaban una creencia: acusóse al virrey de herejía por los que le usurpaban su asiento y el arzobispo imploró en este mismo día las bendiciones del cielo para los conjurados: los que quisie-

\* Math., x, 34.

ron hacer regicidas a los vasallos del noveno monarca mexicano, lo acusaron también del nuevo atentado que era sólo obra suya: las catástrofes que amenazaban a la metrópoli parecían corresponder a las desgracias de la campaña de Amatlán, y el cometa que aterrizó a nuestros antepasados desplegó en los cielos su rutilante cauda para completar la ceguedad de un pueblo sencillo e ignorante que veía por los ojos de sus interesados y astutos directores: parecía pues que tornaba a alumbrar a México la luz opaca y funesta de su primera olimpiada, no para presidir juegos como los de Olimpia, sí para que se representara al vivo el aniversario de sus pasadas desgracias. Notándose en aquel periodo los signos precursores de la Conquista, el corazón desfallecía con su recuerdo; temblábase por la reiteración de las escenas que llenaron el mundo de indignación y espanto.

¿Mas cuál era el hado infausto que pudiera afligir a los mexicanos uncidos al yugo de la esclavitud, reducidos a la más completa nulidad, pobres pisando el oro y olvidados o desconocidos en el edén del mundo?... nada peor debían esperar, aunque los atrevidos intérpretes de los decretos del Eterno dijeron al pueblo consternado, que su voluntad los condenaba a arrastrar por siempre el carro de reyes extranjeros. So pena de incurrir en su temible indignación. La espesa venda de la fe cayó sobre la multitud y el fanatismo interesado puso la suya sobre los que debían servirle de conductores.

La justicia del cielo tarda, y tarda para hacer más doloroso su castigo. El pérfido atentado cometido en la persona del bondadoso monarca mexicano, y que premió el español con riquezas y honores, clamaba por venganza y la tuvo. Un sucesor de Fernando llamado *el Católico*, y a quien mejor convenía el renombre de *Exterminador*; el rey que sembró la desolación en sus vastos dominios fue la víctima de expiación que debía aplacar los sangrientos manes de Moteuhzoma II sobre las mismas aras en que los sacrificaron: abogados en los brazos del que le permitía ser su aliado y protector engañado por una pérfida amistad: reducido a prisión horrorosa: dentro de ese mismo palacio: prosternado y humillado ante un soldado de fortuna, aunque ilustre y filósofo, que le arrebató la más brillante corona para ceñir las sienes de su hermano: escarnecido y degradado en Bayona y Valencey, recorrió toda la escala de sufrimientos dolorosos que en los mismos días y meses\* hizo apurar Cortés a Moteuhzoma en el palacio de Axayácatl... Fernando volvió a la libertad, mas fue para ver desmoronarse el trono de sus abuelos, para llorar sobre la tumba de los que debían perpetuar su nombre, para vivir de amargura y para morir dejando sus escasos dominios incendiados por

\* Mayo y junio de 1520.

la guerra atroz que se hace con el crucifijo y el puñal; por la guerra con que él y sus antecesores asolaron nuestro país.

El pueblo veía en estos acontecimientos una fuente de calamidades y en los fenómenos naturales una señal inequívoca de la cólera divina, sin advertir que nada podía empeorar su situación física y moral. Pero el filósofo que ve en la aparición de un cometa un suceso tan natural como la salida diurna del Sol; que prevé la caída de un tirano cuando rebosa la copa del sufrimiento; y que conoce la proximidad de las borrascas políticas cuando la corrupción se propaga de los que mandan, a los que obedecen, cuando se multiplican las extorsiones y violencia y cuando la sed de oro reemplaza la de justicia; un filósofo, repito, nada encuentra de estupendo: en cada uno de los llamados desórdenes ve ejecutadas las leyes de la naturaleza y que cada ser llena su destino; no puede un reloj señalar las horas cuando han desencajado sus ruedas.

Así discurría Hidalgo inspirado por su buen sentido, y cuando Allende deseaba vengar la afrenta hecha a su jefe, en el mismo día, hora y mes en que la recibió, Hidalgo tal vez reflexionaba en la asombrosa coincidencia que presentaban los fenómenos y sucesos de su época con los ocurridos trescientos años antes; mas si aquéllos precedían la ruina de un opulento imperio, ¿qué podían anunciar para el que parecía irrevocablemente esclavizado?... ¿la libertad?... ¡ah!..., era mucho esperar para las comarcas que realizaron a la España la ficción del vellocino de la Cólquida; era el fantástico deseo de un mundo desconocido, que parecía dado en investidura al tiempo que el trono de sus señores tomaba posesión del *toison de oro*.<sup>†</sup> la conquista de aquel que, como el de la fábula, exigió argonautas atrevidos, la destrucción de los que lo defendían inflamados por la discordia, los prodigios que detuvieran el paso, la perpetración de crímenes inauditos, y en fin una Medea\* que traicionaba su patria para entregarla en manos extranjeras, y ella arrojarla en los brazos del aventurero: aquella conquista, repito, inundó al mundo del *vellón de oro* esquilado en América, que era más cuidadosamente guardado que antes, pues lo defendían los poderes de la tierra y los rayos del cielo; el cetro y el incensario.

<sup>†</sup> Por el matrimonio de Felipe de Austria con Juana; princesa de Castilla, y su advenimiento al trono de España, fueron los reyes de ella grandes maestros de la Orden del Toison de Oro, cuyo suceso acaeció en principios del siglo XVI, así como la conquista de México. El toison de oro es lo mismo que el vellocino, y no hay duda en que la fábula de éste dio origen principalmente a la creación de aquella orden de caballería establecida por Felipe, duque de Borgoña, el 10 de enero de 1429.

\* La famosa india doña Marina, conocida por los antiguos mexicanos bajo el nombre de *Malintzin* y entre nosotros por el de *Malinche*; a ella se debió muy especialmente el triunfo de los españoles siendo la intérprete, consejera y dama de Cortés.

Hidalgo medía la extensión de sus fuerzas para acometer tan colosal empresa, y ha encontrado impotentes: amenazábase la suerte del atleta griego que luchando para abatir la pesada estatua de su vencedor, cuando cedió a sus reiterados embates, fue para servirle de losa sepulcral; sin embargo, el héroe no olvidó jamás que al pie de los suplicios y con la sangre que destilan, nacen y se nutren los vengadores de las víctimas: que si los cielos y la tierra se unían para multiplicar presagios, que la ignorancia veía como fatídico y como un aniversario de desgracias, él sólo debía contemplarlos con el ojo ilustrado de la filosofía; tanto más cuanto que sujetándolos al crisol de las ciencias ocultas, los augurios precedían desastres, mas también triunfos y victorias: el antiguo solio de los aztecas, cercado de príncipes resentidos y de naciones rivales o enemigas, debilitábase lentamente por aquel fuego oculto que engendran la tiranía y corrupción de los grandes y que soplan los gemidos y suspiros de los pueblos: aquel solio presentaba un vivo arquetipo de lo que sería la península después de tres centurias y a Hidalgo no podía ocultarse la semejanza. La eterna verdad nos ha dicho: que un reino dividido será desolado, y la experiencia enseña *que nunca está el trono tan expuesto, como cuando se aumentan las vejaciones y no se oye ningún lamento*: ¿qué otros felices auspicios podía esperar el héroe para su noble causa?... Él dijo, pues, como uno de los de Homero “el mejor de todos los auspicios es pelear en defensa de la Patria”,\* y puso un pie en la senda de la libertad que lo conduciría al templo de la gloria: juró por sí y por las futuras generaciones de México odio eterno a la dominación extranjera; juramento que yo repito, que repetirán cuantos me escuchan este día y cuantos sientan hervir en sus venas la sangre mexicana.

Un obstáculo, un tropiezo de inmenso tamaño debió detener el segundo paso que Hidalgo avanzara: el manípulo ataba sus brazos y la estola retenía, como retiene al preso la pesada cadena que une su cuello a la argolla. Hidalgo pertenecía al Estado que defendía con todo su poder inmenso el trono del despotismo, así como ayudó a establecerlo: Hidalgo ocupaba un lugar subalterno en aquel orden jerárquico: un precepto de conciencia lo estrechaba a implorar diariamente las bendiciones del cielo sobre los opresores: una línea trazada en los cielos, para repartir la tierra, garantizaba al monarca español el tranquilo goce de sus usurpaciones, exigiéndole al pueblo desde entonces su ilimitada sumisión como un deber religioso;† Hidalgo, en fin, debía aparecer como un traidor a su

\* “Unum auspiciū optimum, pugnare pro Patria”, *Iliada*.

† En un edicto de la Inquisición fecha 4 de septiembre de 1808 se fulmina anatema contra el que resonare la *herejía manifiesta de la soberanía del pueblo*. En otro de 26 de enero de 1811 se reencarga la observancia del fulminado en 24 de octubre anterior contra 2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

Estado, como un apóstata de su creencia, como un hijo espurio de la Iglesia y la espada de Damocles, ocultar en las tinieblas y pendientes de manos que perseguían hasta los sueños del hombre, se desprendería sobre su cabeza para arrebatarlo al mundo y al cielo... Estas dudas, estos afligientes recelos, dado ya el primer paso, conservaban a Hidalgo entre la inmensa distancia que separa la esclavitud de la libertad, a la manera del espíritu que nos dicen reposaba con un pie en los cielos y con otro en el abismo. ¿Retrocederá para hacerse cómplice de los crímenes que detestaba y conocía?... ¿avanzará para embarcarse en el proceloso mar que lo amenaza con sus ondas y con la tempestad que para entallar sólo espera un navegante?... Hidalgo oye entonces los gemidos de la patria que lo invoca por su libertador, y a la vez de la religión que le manda vindicar su causa: ella le dice que a un ministro suyo toca reparar las injusticias cometidas en su nombre: que un ministro suyo, desconocido y olvidado en el oscuro pueblo de Dolores, debería ser quien humillara el orgullo de los que ensangrentaron y ensangrentarían su cándida vestidura predicando la desolación: que su manto cubría a los que pelearan por la libertad y sus derechos: que los rayos pedidos a la cólera celeste, para exterminar al mexicano, se tornarían contra el que los disparara; y que en el Nuevo Mundo sancionaría el último y tremendo decreto que condena a la desgracia a cuantos profanan su augusto nombre invocándola para servir a sus delitos o a sus miras ambiciosas.

El cristianismo que se gloria de ver tremolar su humilde pendón sobre las aras en que la gentilidad adoraba sus mentidas deidades; que con humilde regocijo ve subir el incienso de nuestros altares para perderse entre las magníficas arcadas que otra vez repetían los himnos de Júpiter y Venus; que ve construidos sus templos sobre los cimientos y con los despojos de los soberbios palacios do se dictaban las leyes al mundo, con los materiales del pretorio, de las termas, de la cárcel Mamertina, de los circos y de las basílicas: la religión que ve servir a la gloria de Dios y de sus santos los mármoles y bronce que oyeron otra vez los decretos de su proscripción y su exterminio y que se empapan también en la sangre de Jesús y de sus mártires;<sup>†</sup> el cristianismo, en

---

la *herética pravedad y apostasía*, declarándose incurso, en la pena de excomunión mayor y en el crimen de fautoría a cuantos aprueben la sedición de Hidalgo, no denuncien, ni obliguen a denunciar, etc. a los independientes, pues aquél queda convencido de luteranismo. Ateísmo, materialismo e impiedad, crímenes exacerbados con el de haber asegurado en sus escritos que no había infierno, aunque también se le acusa de haber dicho que un papa estaba condenado. ¡He aquí los delirios de una imaginación extraviada!

<sup>†</sup> El magnífico templo conocido en la moderna Roma con el nombre de *rotunda*, por su forma circular es el panteón de la antigua en que se adoraba a todos los dioses, así como ahora se ha dedicado en nuestro culto bajo la advocación de Todos Santos: existe

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

fin, que funda sus glorias en la humillación y que, como el pedernal, brilla cuanto más se hiere, habiendo nacido en el infortunio y visto mecer su cuna entre las catacumbas de los que por él murieron, quiso que de sus templos salieran los vengadores de su nombre profanado, los que debían contrastar a los verdugos de la conquista y los que, sin tomar por divisa la cruz, ni afectar defender la religión, habían de pulverizar a aquellos que rebosando en delitos, que arrastrados por las pasiones y vendidos a la tiranía, querían hacerlas triunfar a la sombra de una santa causa, extraña a los negocios del mundo y sólo ocupada en los del cielo: los falsos apóstoles oyeron de antemano aquellas tremendas palabras reservadas para el último de los días: “No a todo el que me dice ‘Señor, Señor’, enumeraré entre los míos”.

Con estas seguridades y con la confianza que inspira una conciencia tranquila en la causa que defiende, Hidalgo medita en el silencio, en la oración y en el retiro medios de salvar a su patria de la tiranía y de los desastres de la lucha que deberían preceder a su triunfo: él no quería hacer rebosar la copa de las desgracias del pueblo y pedía al cielo en sus fervores plegarias le dirigiera un rayo de su luz divina para iluminar la senda tranquila por do llegara sin horrores al grandioso objeto de sus votos: vacilante, incierto y afligido vagaba Hidalgo por el inmenso caos de sus ideas en pos de una concepción salvadora, a la manera que el extraviado caminante batido por los huracanes en noche tenebrosa, avanza, retrocede, se desvía, cae bajo el peso de la fatiga y se levanta ayudado de la esperanza, hasta que el rayo desprendido de las nubes, detonando a sus pies, le enseña el único y peligroso camino que debió seguir para no caer en el abismo que lo espera.

Así fue un rayo para Hidalgo el primer delito que mancillaba la causa de los defensores de la tiranía, delito que parecía destinado a darles el grito de alarma y ser el grajo de su capitolio.<sup>†</sup> En el hecho de la muerte y

---

intacto y aún se ven los nichos en que estaban las estatuas. *Santa María la Mayor* se ha edificado en el sitio que ocupaba un templo de Juno: *Santa María de los Ángeles*, en las termas de Diocleciano: la iglesia llamada *Araceli* en el templo de Júpiter capitolino; *San Pedro ad vincula*, sobre las ruinas de la cárcel Mamertina en que estuvo preso aquel apóstol con san Pablo bajo el imperio de Nerón: *Santa María Reina del Mundo* (Santa María in Cosmedin) sobre los restos del templo del Pudor; *San Juan ante Portam Latinam*, sobre los del templo de Diana: *Santa Anastasia* en el lugar del gran circo; las ruinas del circo de Nerón sostienen el suntuoso templo de *San Pedro*; la *Nunciatella* ostenta en sus muros los bellos restos del palacio de Verva; y la primera basílica consagrada al culto de la virgen, bajo la advocación de *Santa María in Transtevere*, fue edificada con los fragmentos de la antigüedad; sería muy largo referir todos los templos que existen sobre otros lugares famosos y célebres por los recuerdos que inspiran.

<sup>†</sup> La primera tentativa de independencia se hizo en 1566, cuarenta y cinco años después de la conquista, señalándose para dar el grito de libertad el 13 de agosto en los

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

en el combate de la agonía enumera una víctima del fanatismo, entre sus culpas, el sagrado juramento que había hecho de contribuir a la salvación de su patria: la causa de los tiranos exigía crímenes y no debilidades, y para que tremolara en sus banderas uno que sería la execración de Dios y de los hombres, el sacerdote vuela a revelar la confesión de su penitente, vuela a excitar aquel rayo siempre encendido, siempre amenazante bajo los mil tronos de otros tantos déspotas que nos oprimían. Vibróse el primero sobre Hidalgo y otros persiguen a Allende, Aldama y Abasolo; mas su fulgor al héroe el insondable abismo que encierra la tumba estéril y casi olvidada de Ávila, y González, de los Quesadas Sotelos, Bocanegras y Ponce de León, protomártires de la independencia mexicana:\* aquella tumba se entreabre para recibir al héroe que desprevenido, inerme, aislado, sin socorros y sin gentes sólo puede esperar la salvación perdiendo la esperanza de salvarse. Abandónase pues en los brazos de la providencia y cual otro Mathathías, refugiado en los montes con sólo sus *cinco* hijos, desafiado todo el poder de Antíoco *para vindicar la ley de mano de los Reyes*, así también Hidalgo, en la primera hora de este día, lanza el grito de libertad que estremecía dos mundos y hacía bambolear un antiguo trono; grito secundado tan sólo por *cinco* corazones esforzados que se ofrecían en holocausto voluntario.

La débil llama encendida en Dolores semejábase a la luz incierta, y melancólica que arde en nuestros templos cercada de tinieblas, y que parece próxima a extinguirse al ligero soplo que producen las delicadas alas de la mariposa que la rodea; pero esta llama reposaba sobre una inmensa mina cargada con las injusticias, las injurias, los ultrajes, las afrentas, los resentimientos y las venganzas de trescientos años; materias mil veces más inflamables que la pólvora, cuyo poder se extiende a un limitado espacio, mientras las pasiones incendiarían todos los mundos posibles, así como han borrado de la superficie de la tierra las generaciones y los pueblos. Aquella débil llama fue muy pronto un incendio que ardió once años sin extinguirse y que iluminó los polos del orbe: aquella débil llama encendió las pasiones nobles que engendran a los héroes,

---

momentos en que el gobierno de las colonias celebraba, con lo que se llamaba *Pendón*, la toma y ocupación de la ciudad. El jefe de la empresa era don Martín Cortés, hijo del conquistador; mas denuncióse la revolución por un fraile dominico a quien la descubrió en confesión uno de los conjurados al tiempo de morir. Este suceso escandaloso se repitió en 1816.

\* Éstos eran los principales jefes de la conjuración de Cortés: los dos primeros fueron degollados el 3 de agosto del citado año, a las oraciones de la noche, bajo el edificio conocido en México por la Diputación, conduciéndolos en mulas con gualdrapas negras a un cadalso iluminado: al siguiente día amanecieron sus cabezas sobre dicho edificio, de donde las pasaron a la picota.

2019. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas

Disponible en: [http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras\\_historicas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/416/obras_historicas.html)

aunque en la conflagración universal, las impuras lavas del crimen y las fuentes acrisoladas de virtud corrieron por un mismo cauce confundidos.

En los primeros momentos que siguieron al atrevido desafío del sacerdote mexicano, la sorpresa a la consternación de un pueblo aletargado parecían amenazar la naciente llama con la duración que prefija la naturaleza a aquellos fuegos que, después de la tormenta, emergen de la tierra y se apagan haciéndonos dudar si nuestros ojos se engañaron; con cinco hombres cambiar la faz de un mundo!... ¡con tan débil pararrayo excitar la más embravecida tempestad que pudo oscurecer nuestro cielo!... ¡ni los prestigios del renombre, ni los recursos del poder alimentaban aquel fuego que, en la hora primera de su nacimiento rodeado de tinieblas, pudo compararse al que sale de una lámpara sepulcral!...

Desde que la noche se acerca a la tierra para apagar su antorcha, la quietud y el silencio debilitan por grados el resorte de la vida hasta ofrecer en la naturaleza muda un cuadro vivo de la muerte: entonces el atrevido sólo es valiente, el valiente teme, el tímido se estremece al más ligero ruido y puesto en pie huye de su sombra: el cobarde duerme despierto y morirá sin defenderse, morirá sin preverlo. Esta anomalía de la raza humana, esta suspensión de sus funciones vitales debía afligir y aun hacer desmayar al varón esforzado que, echando una dolorosa mirada en su derredor, veía reflejar los pálidos rayos de la Luna sobre una escena de desaliento: ¿no hay quién venga en su ayuda? ¿Habría alzado la voz bajo la cuchilla del verdugo para ver rodar a la tumba cinco víctimas que a ella arrastra? ¿El redil huirá de su pastor, que por salvarlo peligra?... nadie responde y el lento carro de las horas continúa su marcha majestuosa para probar al héroe: él resiste como las altas montañas do se estrellan las tempestuosas desde el principio del mundo, como la torre que el océano baña con sus ondas y que bate el huracán embravecido: Hidalgo ni cede, ni se rinde.

Transcurren los momentos de reposo y agonía para abrir paso a los de agitación y vida: el Sol vivificante que daba ser al más hermoso día, a un día memorable, comienza a aparecer presentando una imagen de la creación: su dedo invisible separa la luz de las tinieblas: su resplandor creciente despierta a los hombres y tórnalos por grados a su ser: los miembros recobran su energía: el valor renace: el alma ejerce sus funciones y los hombres ya pueden obrar, ya pueden discurrir, ya pueden seguir al que los llama y desafiar a todos los peligros. Entonces dijo el sacerdote de los mexicanos como el de los macabeos: “todo el que tenga celo salga en pos de mí” y el pueblo responde con aclamaciones de entusiasmo: ellas lo proclaman su libertador, ellas saludan también al nuevo Sol que preside el más hermoso día, y en él suben al cielo los primeros himnos que se entonaron a la libertad mexicana: muy pronto rodearon al sacer-



dote de Dolores millares de combatientes y, así como el de los macabeos trepaba la cercana montaña de Modin seguido de un inmenso pueblo, que derruiría el poder de Antíoco, así el nuestro, doce días después de su heroico grito, mandaba a veinte mil hombres tomar posiciones sobre las escarpadas rocas que circundan a Guanajuato.

Detiéndose mi voz en este instante y ella resiste memorar los hechos que cubrieron de luto glorioso las armas de la patria: ¿qué puedo repetir que no sepáis? ¿Qué cuadro trazaré que no se desarrolle a vuestra vista desde el momento en que el cañón y la campana os han despertado en este día?... ¿queréis que os presente a todos los príncipes de la Iglesia mexicana invocando la cólera divina contra nuestro libertador, sin que hubiera uno que, como la sacerdotisa Theano, dijera al déspota: “Yo estoy aquí para atraer las bendiciones del cielo sobre los hombres y no su maldición?”... ¿queréis que os describa el campo de Aculco do existían insepultas cien hecatombes de mexicanos inmolados en las aras de la patria?... ¿ignoráis acaso que en aquella época de conflicto los ministros de Dios recorrían las calles, armados del puñal y crucifijo, excitando a la matanza y que ceñían a la madre del cordero con la espada ensangrentada en el pecho de sus hijos, para así hacérsela propicia?... ¿olvidáis que entonces la hazada humilde, destinada a abrir el fecundo seno de la tierra para multiplicar los goces de la vida, fue después instrumento de muerte y desolación en las manos del labrador y que el labrador era un guerrero?... ¿no oíste callar el tamboril y caramillo con que se convocaba a la fiesta y al regocijo, y que sonó para llamar a la guerra?... ¿os olvidáis de la campana solitaria que, balanceándose en los aires para convocar a la oración y a la plegaria, volaba ya hajo otra forma en los campos de batalla preñada de muertes y exterminio, sorda a los ruegos, insensible a los gemidos, pasando su carro sobre el moribundo para terminar su agonía, dando el alivio de la muerte la que llamaba al dolorido, repletando las tumbas la que gemía por los difuntos? ¿Queréis ver en vuestros esforzados conciudadanos la imagen de un torrente desbordado cuyas olas se empujan y apresuran para entrar al abismo donde deben perderse? ¿Queréis que os presente un inmenso suelo erizado de suplicios destilando sangre, y que os diga cuál era la suerte de nuestros hermanos errantes y perseguidos en los bosques, sin hogar, sin familia, luchando con el hambre, la sed, el frío, el calor y el cansancio?... Mi voz se resiste para alzar este cuadro de horrores y mi mano tiembla para alzar el velo de la eternidad que los cubre... ¿por qué he de turbar con recuerdos dolorosos el júbilo de este día?... vosotros sabéis sus padecimientos y también que ellos ciñeron su frente de laurel inmarcesible.

Yo os diré únicamente ciudadanos, que el Sol de este día y la luz que hoy reflejan los descarnados huesos de nuestros mayores entre los



escombros y las ruinas que aún atestiguan nuestra pesada lucha; os diré, repito, que en aquellos objetos de duelo se ha escrito con indelebles caracteres una lección de provechoso recuerdo para los pueblos que gimen en la opresión y para los tiranos que los oprimen: aquellos huesos, aquellas ruinas y este día les dicen: que un pueblo es libre cuando quiere serlo, y que las armas vencedoras de los castillos y cotas aceradas se estrellan y embotan en el desnudo pecho que rebosa en amargura, y a quien basta para vencer, la desesperación: ya sabrán que el hombre, agobiado bajo el peso de la tiranía y ahogado por la planta de su señor, es como adquiere todo su resorte y que un día le basta para hundirlo en el polvo. Memoradlo pues mexicanos como el más sagrado de todos, invocad el 16 de septiembre como un presagio de triunfo siempre que la esclavitud os humille: él sea para la presente y las venideras generaciones un aniversario de la libertad, o un día de expiación para vuestros opresores. Dije.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS